



LOS AGENTES SECRETOS

WASHINGTON.—Se sabe que la Oficina Federal de Investigación tuvo muchos agentes secretos disfrazados de estudiantes y "hippies" durante la marcha a Washington de protesta contra la guerra de Vietnam. Lo que no se conoce es la dificultad que esa Oficina tuvo para que los agentes parecieran auténticos.

La mañana del viernes anterior a la marcha, cien agentes, vestidos con ropas sobrantes de la guerra mundial y ponchos, se reunieron en el patio del Departamento de Justicia para ser inspeccionados por Edgar Hoover. Cuando éste llegó, ellos se plantaron firmes. Hoover les gritó:

—Desgarbados, muéstrense desgarrados. No pasarán por manifestantes si mantienen los hombros rectos y hunden el estómago.

Hoover se detuvo frente a un agente y le dijo:
—Fitzpatrick, ¿qué hace usted con los zapatos brillantes?
—Es la costumbre, señor. Es lo primero que aprendí en la escuela de la Oficina.

—Bien; pues máncelos.
—¿Cómo, señor?

—Vaya al Departamento de Lodo y que se lo arreglen allí. La próxima vez que se presente con los zapatos limpios constará en su hoja de servicio.

El director de la Oficina Federal de Investigación se paró luego ante McAllister:

—¿Qué hace usted con una bandera norteamericana en la solapa?

—Que sepan lo que pienso.
—Es que no deben saberlo. Usted es un agente secreto. Deme esa bandera y póngase este botón de la paz.

—¿Es necesario, señor?
—Démelo. A propósito, ¿se bañó esta mañana, McAllister?

—Sí, señor; tomé una ducha.
—¿Tiene orden de no bañarse en quince días! —bramó Hoover.

—Eso es fácil de decir, señor. Ya comenzaba a oler.
—¿No se pretendía eso? Debía oler para que no sospecharan de usted.

Más tarde, dijo Hoover a un auxiliar:
—Esta es una de las inspecciones más molestas que he hecho.

—Comprenda las intenciones de los agentes, señor. Hoover se detiene ante otro agente y le increpa:
—Su pelo.

—¿Qué ocurre, señor? ¿No está lo suficientemente corto?
—Precisamente. Lleva el pelo demasiado corto. ¿Quién le dijo que se lo cortara?

—Es la costumbre, señor. Así lo indican las reglas del Departamento.

—¿Busquen una peluca y unas patillas para este hombre!
—Por favor, señor, no me obligue a eso. Mi madre no me perdonaría unas patillas.

—Que le anoten diez puntos negativos —ordenó Hoover. Y a otro:

—¿Qué hace usted con ese abrigo? Quitéselo y arrástrese por el suelo hasta que esté bien sucio.

El siguiente agente frente al que se detuvo llevaba una insignia de fútbol que rezaba así: "Ame a la patria o lárquese". Hoover le dijo:

—No, Hollison. Nada de insignias patrióticas. Los ojos de Hollison se arrasaron de lágrimas.

—Nunca pensé que podría llegar a tanto —dijo. Hoover se alejó furioso y dijo a su auxiliar:
—No aguanto más. Inspeccione usted al resto. Yo me voy al hipódromo.

(Copyright 1969, The Washington Post Co.—Distribuido por Editors Press Service Inc.—Agencia Zardoya.)

los «pilgrim», quienes después de llegar en 1621 a las inhóspitas costas de Nueva Inglaterra con el «Mayflower», y después de subsistir muy perentoriamente durante un año, ayudados por los indios, celebraron, junto con ellos, la primera cosecha y dieron gracias a Dios. La proximidad de esta fiesta ha aumentado el sentimiento de simpatía hacia la ocupación india. La isla es fría e inhóspita, carece de agua corriente y sólo tiene electricidad en

taurant, de San Francisco, les regaló comida y bebida para 200 personas; un buen número de americanos bien intencionados decidió pasar el día con los indios, pero no se les admitió en la isla, sólo se admitió a los indios que, en constante peregrinación desde todas partes de Estados Unidos, están acudiendo a Alcatraz, donde viven ya más de 200 indios. La posición del gobierno americano está aún indefinida. La isla ha estado hasta



Alcatraz: De Al Capone a los cheyennes.

tres edificios, pero el Centro Indio de San Francisco que comunica con Alcatraz por dos emisoras de radio ha establecido un sistema de comunicación marítima regular con la isla, ha recibido hasta ahora más de 4.000 dólares en donativos, además de toda clase de objetos, comida y ropa. A pesar de las escasas condiciones que reúne la isla, el médico que la visita diariamente afirma que no existe ningún problema de sanidad, y el ambiente que impera en ella parece ser el de una tranquila y apacible comunidad en donde se han mezclado todas las tribus rivales de kiowas, cheyennes, navajos, sioux y mohawks. El día de Thanksgiving, el Bratskeller Res-

ahora bajo custodia de los Servicios Generales de la Administración. La reacción inmediata a la ocupación fue un bloqueo de cinco días, después del cual se ha permitido que los indios reciban ayuda exterior.

Richard Oaks, de veintisiete años, portavoz del movimiento, ha dicho que quieren una entrevista en la isla con el secretario del Interior, Walter Hickey, para decidir sobre su futuro, pero el secretario está ahora enfermo en un hospital de Washington, por lo que los descendientes de Jerónimo deberán esperar para intentar fumar la pipa de la paz con el aséptico, seco, limpio y blanco hierofante de Wall Street. ■ L. RACIONERO - M. J. RAGUE.

LOS ESPAÑOLES Y EL CINE

Mil setecientos siete millones, seiscientos sesenta y siete mil seiscientas sesenta y dos pesetas hemos gastado en cine los españoles en el primer trimestre del año en curso, lo que hace una media de 54 pesetas por habitante. Estos datos, entre otros de no menor interés, figuran en un volumen editado por la Dirección General de Cultura Popular y Espectáculos, en el que, además de todos los referentes al período de tiempo en cuestión, aparecen, en

lo que se refiere a recaudaciones por títulos, los relativos al tiempo transcurrido entre el año 65 y el 31 de marzo de 1969, lo que permite intentar, con un mínimo de perspectiva, la extracción de algunas conclusiones sobre el «gusto» de nuestro público en lo que se refiere a materia cinematográfica.

Hay que decir, en este sentido, y situándose a una escala cultural, que los resultados no son muy halagüeños, aunque no se puede igno-



Martínez Soria, número 1.